

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Un mes.	4 rs.
Tres meses.	11
EN PROVINCIAS.	
Tres meses, en la administracion.	14
Seis meses, en la misma.	26
Tres meses, por comisionado.	15
Seis meses, por comisionado.	28
ESTRANJERO: tres meses.	30
ULTRAMAR: seis meses.	3 pfs



SE SUSCRIBE:

En Madrid, en la administracion, calle de la Ballesta, núm. 6, y en las principales librerías.
En provincias, por medio de carta franca á la administracion, ó en las casas de los comisionados de FIGARO.
En el extranjero y Ultramar en las principales librerías.

SE PUBLICA:

Los Martes y los Viérnes.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Calle de la Ballesta, núm. 6.

No se sirve suscripcion alguna cuyo importe no se reciba con el aviso en libranzas ó sellos
La correspondencia, al director de FIGARO.

FIGARO

PERIÓDICO CRÍTICO FESTIVO.

DOS DE MAYO DE 1808

«La política, la política, señor canónigo, es la que debe guiar las acciones de un hombre como yo.»

(Palabras de Napoleón á Escoiquiz en Marac).

«Señor, el sitio de Zaragoza no se parece en nada á la guerra que hasta aquí hemos hecho: es guerra que da horror.»

(Lannes á Napoleón).

En la larga serie de victorias y conquistas con que había asombrado y domeñado al mundo, Napoleón no había visto aun delante de él á un pueblo. Dinastías y cortesanos, ministros y generales eran los únicos que intentaron contrarrestar su genio portentoso; y cortes y dinastías vencidas, humilladas, concluyeron por juzgar hecho sobrenatural el talento militar y político del cónsul y emperador, y por entregarse á la superstición de su genio y de su fortuna. Jamás hombre del mundo estuvo tan á punto de ser tenido por invencible, infalible é invulnerable como Napoleón en 1808, y jamás hombre alguno hizo tanto para inspirar esa superstición. Cien años que hubiera tenido que luchar solamente con ejércitos y generales, con ministros y con políticos, otros tantos hubieran durado el prestigio y la gloria de Napoleón. Pero se aproximaba ya la época en que él, hijo de la revolución de 1789, había de ofender los sentimientos y la dignidad de los pueblos, de suscitar contra sí una cosa que no vence la estrategia ni abate la pérdida de una batalla; y aquel hombre, encarnación del sentido común, personificación de la razón fría y calculadora, debía ser cegado por la ambición, y lanzarse al abismo que había visto, que conocía. La empresa de España fué su crimen y su castigo. El 2 de Mayo de 1808 comenzó á nublarse su estrella. Bailén, ese desastre eternamente deplorable, como le llama el historiador de Napoleón, abrió camino al desastre de Waterlóo. Antes de partir de Bayona, á donde con perfidia inaudita había hecho venir á la familia real española, para arrearla una abdicación, sirviéndose del padre contra el hijo y del hijo contra el padre, Napoleón pudo entrever su última mansión en el peñasco de Santa Elena.

«Yo soy el dueño aquí. Mandad, y España hará lo que queráis.»

Con estas palabras aseguraba el gran duque de Berg, Murat, á Napoleón, la aquiescencia del pueblo español á sus decretos, fueran los que fuesen.

La verdad es, que era dueño de las plazas fuertes, con perfidia ocupadas, de la corte, dominada por la superstición del genio y fortuna del conquistador, á cuya voluntad obedecía y á quien elegía por árbitro y juez de sus enconadas querellas, de los políticos, que esperaban de aquel brazo poderoso la regeneración de España y juzgaban empresa superior á las fuerzas humanas resistirle. Pero Murat se engañaba respecto del pueblo, á quien no conocía. Tomaba el gusto teatral con que los madrileños

le veían cruzar por las calles de la corte, cubierto de oro, al aire el rizado cabello, rodeado de los magníficos escuadrones de la Guardia imperial, nuevo Dios de la guerra, por supersticiosa admiración, y se juzgaba capaz de imponerle su voluntad.

Napoleón ordenó, en efecto, á su lugar-teniente, que ya había vislumbrado sus planes y preparábase á ejecutarlos. Y le ordenó una infamia, que manchará eternamente su memoria. Mandóle abusar de la confianza que inspiraba á los príncipes y grandes de España, como á los de todo el mundo, para arrancar la corona con astucia y violencia á la familia reinante y ponerla á su disposición. Ni el sacrificio de su poder naval, destruido en Trafalgar, ni el auxilio de sus tropas, que peleaban en el Norte de Europa, ni el cariño ciego que inspiraba á la corte y la docilidad funesta con que era obedecido, fueron bastante para que España viera respetada su independencia por el ambicioso conquistador.

Napoleón, sin embargo, conocía al pueblo español. «Es menester, escribía de su propia mano, pocos días antes del 2 de Mayo, no mezclarse en las disensiones de los españoles.... Se engaña quien crea que los españoles no son de temer porque están desarmados.... La insurrección será eterna.... Inglaterra aprovechará la ocasión para suscitarlos inmensas dificultades....»

Todo sucedió como lo había previsto. El pueblo español, desarmado, sin plazas fuertes ni apenas tropas regulares venció en Bailén al héroe de Albeck y de Hall, terror de austriacos y prusianos, y obligó por primera vez á capitular á un ejército francés. La insurrección fué eterna: no concluyó sino con la caída del coloso. Duró lo bastante para obligarle á una nueva guerra con el Austria; para quebrantar su alianza con la Rusia; para devolver la confianza á la Inglaterra; para servir de lección y estímulo á los pueblos de Europa; para disipar la superstición del genio y poder del guerrero hasta entonces reputado invencible; para arrastrarle hácia el destierro de la isla de Elba y la tumba de Santa Elena.

Vió Napoleón el riesgo de emprender una lucha con los pueblos, hartos mas peligrosa que la que había sostenido con las monarquías, y sin embargo, cerró los ojos á la propia razón, y se precipitó al abismo que á sus pies se abría.

Ordenó. La familia real de España, sin hacer caso de la desconfianza que el pueblo mostraba, sin que los signos mas claros y alarmantes la advirtieran, pasó la frontera. Solo quedaban en Madrid un anciano, una mujer y un niño, y Murat dispuso también su partida. Pero el pueblo, á quien el corazón advierte de los peligros que los políticos no descubren, había visto el que amenazaba á su rey y á la familia real, y la conspiración criminal que en Bayona se había fraguado contra su independencia.

Entonces, al oír las quejas de un niño, asustado de abandonar el palacio en que se criara, el pueblo madrileño,

desarmado, sin dirección, por unánime movimiento, cayó sobre los soldados de Moncey y Dupont, y trabó con ellos lucha heroica. Ocupada y cercada la capital por un numeroso ejército, apercebido á la defensa, encerradas las tropas españolas en los cuarteles, sus pobladores no podían hacer mas que ofrecerse en holocausto para dar á España la señal del levantamiento contra el invasor y llegar á la historia un ejemplo memorable; Daoiz y Velarde, centenares de víctimas de su valor y patriotismo, otras tantas sacrificadas por la crueldad del agente del hombre que llamaba canalla á todo pueblo sublevado y que no dudaba de la eficacia soberana del terror para contener los movimientos populares, sellaron con sangre preciosa la primera protesta contra la tiranía y la traición de aquel ambicioso.

Napoleón, aunque irritado y alarmado por las noticias del 2 de Mayo, no conoció aun que en ese día había comenzado la espacion. *Vísperas Sicilianas* llamó al levantamiento espontáneo de un pueblo inerme, que, arrebatado por el sentimiento de la dignidad ofendida y de la traición descubierta, se arroja sobre un ejército suficiente para conquistar un reino.

Pero no debía tardar en comprender su error y su falta, y en perder para siempre la tranquilidad y la calma con que hasta entonces había dado y quitado cetros y coronas. La cólera que mostró cuando la torpeza de Villamez hizo fracasar la expedición contra Inglaterra fué nada en comparación de la ira, el dolor agudo y la humillación que le causó la noticia de la derrota y capitulación de Bailén. ¡España no se contentaba con resistirle, sino que sacaba de su desmayo á la Europa, probando que no era invulnerable! ¡los soldados de Austerlitz y de Jena vencidos por un ejército de paisanos mal armados! Grande fué la falta cometida por Napoleón al ofender á España, y digno de severo castigo el dolo con que había obrado, pero la espacion correspondía á la una y al otro.

En ocho días, desde el 22 de mayo en que comenzó á circular por las provincias la *Gaceta* del 20, que contenía la abdicación arrancada á Carlos IV y la transferencia de la Corona hecha por Napoleón á su hermano José, toda España se levantó en armas contra el que apellidaba intruso, que aparecía precedido de la mas indigna intriga y apoyado en la fuerza. Dos meses despues, Napoleón no conservaba ilusión alguna de las que le habían impulsado á enseñorearse del trono de España. Sus armas, siempre victoriosas, habían sido derrotadas; sus ejércitos no eran dueños de mas terreno que el que pisaban; la inmortal Zaragoza, sin otra defensa que el pecho de sus moradores, rechazaba las huestes de Moncey y Lefebvre, en Barcelona Duhesme se hallaba bloqueado por los paisanos catalanes, y las tropas del Vistula y del Elba, necesarias para conte-

ner á las naciones del Norte, se ponian en camino hacia España, de donde no debian volver.

La Providencia permite á veces que el hombre espie sus faltas en la tierra, para dejar ejemplo de una gran lección moral.

Napoleon espíó la suya; pero no fué el único castigado. Murat, el valeroso y magnífico guerrero que le aseguraba que España obedecería las órdenes que tuviera á bien darle; el verdugo de los madrileños el 2 de Mayo, en vez de sentarse en el trono que creyó estarle destinado, abatido, desengañado, era presa de una enfermedad que le llevaba al borde de la tumba, y no pedía otra gracia mas que la de abandonar cuanto antes un país á quien habia causado tanto daño.

José, que solo por obediencia y con repugnancia manifiesta habia trocado el trono de Nápoles por el de España, se quejaba de su hermano que le oprimía y despreciaba, de sus generales que no le hacían caso, y lamentaba el triste papel que se le obligaba á representar y la violencia con que se trataba á los que apellidaba sus súbditos.

No permitamos que la costumbre de la conmemoracion del 2 de mayo de 1808 decline ó decaiga. Grande es el ejemplo de un pueblo que lucha por su independencia, que desprecia las promesas de regeneracion y prosperidad con que intenta arrancársele la abdicacion de sus derechos, como si á la regeneracion pudie llegar por tal camino; pero el 2 de mayo significa mas todavía. La historia registra esa fecha como recuerdo de una gran lección moral, que muestra la fuerza de la conciencia de un pueblo contra la ambicion de un conquistador, y el castigo de la soberbia de un hombre, aunque grande y poderoso, que imagina contener al mundo dentro de los límites que le plugo trazarle, y que traspasa los que Dios, la razon y la naturaleza han señalado á toda accion humana.

JULIAN VARGAS JIMENO.

UNA BARBA HISTÓRICA.

—¡Señor Don Ruperto! Usted siempre tan firme, tan lozano como las setenta y pico de primaveras que ha visto usted trascurrir.

—En el pico está el delito, señor FIGARO, y por eso por la boca mueve el pez, hoy como siempre; pero tiene usted razon en lo de los hombres de aquel siglo, y del siglo anterior, y del otro siglo.

—Sí, de todos los siglos predecesores del actual.

—Exactamente: de aquellos buenos padres, que tan mal descendiente han tenido.

—Malillo es. ¿Con que vamos á hacerle á Vd. la barba? ¿Va Vd. al teatro esta noche? ¿Cómo me gustan las come-

dias, señor Don Ruperto! *El arte de hacer fortuna* principalmente....

—¡La comedia! ¿Quién va á la comedia en estos tiempos? ¡*El arte de hacer fortuna*! ¡Buena estará el arte con que se haga!

—Eso es conforme y según: cuando la ejecución se confía á los primeros actores....

—Cómicos dirá Vd., y malos, que nunca están en su puesto, que no sirven para hacer los grandes personajes, pero que aceptan cualquier papel si les trae cuenta.

—No; no, señor; en eso no estamos conformes. Ya ve usted: Catalina....

—Oiga Vd., señor FIGARO: contaba mi abuela, que fué una santa, no como aquella de Guadalajara, que paseó la Inguirera con mordaza y corozo por echársela de *milagrera*, (1) sino una buena señora, que murió á los noventa y siete años, en olor de beatitud entre aquellas gentes sencillas: contaba, repito, que al decir de su madre, en su tiempo daba gusto asistir al corral de las comedias. Comenzando porque los porteros no le cobraban á Vd. mas que tres cuartos por la entrada, si le veían entrar, pues muchos se les pasaban, y luego con otros tres ó cuatro que diera Vd. al apretador, ¡ancha Castilla!

Ya se vé: como las cofradías llevaban poco por el alquiler de los corrales, y como aquellos comediantes, aunque se vistieran y desnudaran casi á la vista del público, eran gente de conciencia, que no ganaban con su oficio mas que el pan nuestro de cada día, y si hubieran intentado otra cosa, señores tan abonados como los duques de Lerma ó de Olivares, les hubieran sentado las costuras por lo de darse á la codicia, pues todo tenia su tasa y su postura....

—Sistema preventivo.

—Todo era prevision entonces, señor FIGARO, y el Consejo le decía á Vd. los criados que habia de tener, el traje que habia de vestir, los muebles que podia colocar en su casa, los jaeces con que podia adornar sus caballos, la altura á que habia de llevar el embozo y los puntos que podia ladear el sombrero. ¡Eh! ¿qué tal?

—Bravo, señor D. Ruperto; eso era admirable.

—Pues por eso, y porque á los comerciantes se lesataba corto, marcándoles el precio á que podían vender, lo mismo una vara de paño de Segovia, que un libro ó un gazapo; por eso se contenía el lujo, y un hombre arreglado, sin faltar á sus obligaciones y por poco dinero, podia ir alguna tarde al corral á esparcir el ánimo, aunque no fuese á asientos de barandilla, pues para esto era preciso ser gente de oficio ó de hábito.

—Pues hoy, D. Ruperto, el hábito no hace al monje.

—Ni los oficios se dan por dos ó tres vidas como entonces. Alguacil conoció mi abuela que servía en nombre de su visabuelo, y lo pasaba de regalo; pues, sobre todo, cuando andaba de reposo, nunca se vino á su casa sin ocho ó nueve ducados en el bolsillo.

—Gajes del oficio. Pues vea Vd., esas son cosas que no suceden hoy.

—¡Ay! señor FIGARO: si Vd. hubiese oído hablar á mi abuela de los usos de su tiempo, de aquellos jar-

(1) Doña Ana Enriquez de Cisneros, 28 de junio de 1621.—M. S. de la Biblioteca Nacional.

que su mentido recato servía de velo á su desnudez, porque es de advertir que tambien andaban en paños menores.

Todavía por entonces algunos verdaderos, haciendo de la necesidad virtud, podían de vez en cuando regalarse con tal cual plato de gachas ó de piltrafas, abominablemente aderezadas por ellos, pues ya he dicho que nadie quería servir á otro; y sus mujeres y sus hijas (ajenas al arte culinario y dotadas de sensibilidad tan esquisita, que el calor del hornillo les hubiera causado accidentes peligrosos), eran inútiles para la cocina. Pero despues se agravó mas aun esta situacion; llegaron á faltar completamente los artículos alimenticios, y hubo multitud de personas, antes ricas y llenas de comodidades, que no se creyeron rebajadas echándose á pacer, nuevos Nabucodonosores, por las áridas praderas y despojando de hojas los árboles que el hambre canina de otros prójimos habia perdonado.

Allí no encontraban ya adornos, capotas, mantillas, ni sombreros con que cubrir su cabeza las damas que anteriormente habian enloquecido á los galanes con su elegancia, su hermosura y su discrecion; todas andaban desgreñadas, llenas de andrajos, súcias las caras, encallecidas las manos, riendo como rabineras, hasta por la posesion de un miserable troncho de berza: las que tropezaban con un cintajo ó bramante para atarse el pelo, ó con un pedazo de papel para hacerse una moatera, podían decir, como decimos nosotros, que habian puesto una pica en Flandes.

Ocurrió tambien, para dar la última pincelada á este cuadro de lástimas, que un espantoso huracan y un temblor de tierra derribaron todos los edificios, hasta los mas firmes y sólidos. El tiempo era atroz: abiertas las cataratas del cielo, el agua caía á torrentes como en la catástrofe del diluvio, cruzando la lóbreguez del espacio, á manera de serpientes de fuego, relámpagos acompañados de una discordante sinfonia de truenos, rugidos de fieras, gritos de hombres, mujeres y niños, y furiosos vendavales.

En el oscuro lienzo del firmamento figurábase cada cual ver asomarse monstruos de siniestra catadura y gesticulacione: horriblemente cómicas; harpías, brujas, culebras, endrigos, enanos, gigantes, murciélagos, cangrejos descomunales, arañas enormes, notan lo en todos ellos ciertos rasgos que recordaban así á verdaderos como á párdillos algo que los asemejaba á sus enemigos res-

dines particulares, paraísos de la gente moza en las primaveras; de aquellas fiestas de toros en la Plaza Mayor, donde tanto habia que ver encima y debajo de los tablados; de aquellas gradas de San Felipe, donde se sabian en una hora mas noticias que dan hoy en una semana todos los periódicos reunidos; ¡y qué noticias!

—Devotas serian, porque en la lonja de un templo....

—De todo habia, señor FIGARO, y lo mismo se hablaba de los sermones del P. Pedrosa, que del destierro del duque del Infantado, ó del proceso del de Uceda, ó del memorial contra los malos ministros que llevó á Quevedo á San Marcos; y lo mismo se contaban los enredos de los comediantes, que se describía el auto de fe de Mendocilla, Terradas y el Mulato (1), ó se comentaban las citas que salían del corral de las comedias: pues, aunque estaban separados los hombres de las mujeres, al cabo, como los vendedores de aloja, limas y avellanas nuevas entraban en todas partes....

—Entiendo, por su mediacion se concertaban las voluntades.

—Y ¿qué le diré á Vd. de las carnestolendas? como el disfrazarse podia costar cuatro años de galeras, la gente se entretenía honestamente en manchar las ropas á los transeuntes con algunos líquidos arrojados por las ventanas, ó en dirigirles apodos, que diesen ocasion á diálogos tan corteses como entretenidos.

Pues, ¿y las casas de juego?

—Ola! ¿tambien se tiraba de la oreja á Jorge?

—Sí, señor, y públicamente; pero hubo ocasion en que desterraron á dos duques porque ganaron muchos ducados.

—Hicieron bien; debieron contentarse con los suyos.

—¡Y las cuadrillas de alumbrales, señor FIGARO! Hubiera Vd. visto los portales de la Plaza Mayor un Miércoles Santo, con aquellas largas mesas, donde se encolaban las túnicas de los penitentes, á costa de los ceteros ó mayordomos, que aquellos días los regalaban de lo lindo, por lo cual habia alumbrales que se alumbraba en términos de no servir para llevar su luz en la procesion. ¡Aquello estaba de ver!

—¡Ya lo creo! ¡si daría gozo vivir en aquel tiempo!

—Con que tuviéramos sus costumbres me contentaría yo, y conmigo otras personas que hacen lo que pueden porque vuelvan. ¿Qué diferencia, señor FIGARO, de aquellos siglos oscuros á éste, que se llama de las luces!

—Le diré á Vd., lo de oscuros creo que es exacto, por que, según me han dicho, no habia alumbrado aunque hubiese alumbrales.

—Es verdad: y eso tenia sus inconvenientes, yo soy justo; habia sus peligros en lo de andar de noche por las calles, pues, al cabo, como las rondas tenian que vigilar las tabernas, y en ellas solian entretenerse, no podían evitar que alguna vez sucediera lo que les sucedió al hijo del conde de Benavente, y al conde de Villamediana, y á Escobedo, y á otros varios, que se fueron de este mundo sin que les alcanzasen los sacramentos; y aunque se dijo de los dos últimos si eran ó no eran, yo siempre he dicho que esa no es razon, pues, para descubrir y castigar á los

(1) Se efectuó el 5 de diciembre de 1622, siendo quemados por pecado nefando. M. S. de la Biblioteca Nacional.

FOLLETIN.

CUENTOS INVEROSÍMILES

por
D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA OBRA DE TODOS. (1).

III.

El gobierno, que (dicho sea en honor suyo) habia procurado sosegar los ánimos dictando medidas suaves y conciliadoras, conoció al cabo de algun tiempo que era impotente para conseguir su objeto por tales medios, y se decidió á emplear la fuerza.

Dirigió, pues, una circular fulminante á todas las autoridades civiles y militares, dándoles instrucciones oportunas, y escitándolas á desplegar energía para estirpar el mal en su raíz.

Pero sucedió, en la situacion á que habian llegado las cosas, que las autoridades no encontraron en los párdillos, que eran los mas, el apoyo que reclamaban. Escusábanse éstos, diciéndoles que ellos no eran necesarios en una sociedad donde los verdaderos los consideraban como antes despreciables, y por tanto, que cada cual se las arreglase á su manera para vivir.

Entonces se vió el espectáculo mas peregrino.

Jóvenes honestas y de las principales familias, verdes, criadas con el mayor regalo y recogimiento, vagaban desnudas por las calles, porque como los talleres permanecian cerrados, y los obreros se empeñaban en holgar, y los comerciantes (*merca cachifles*, según los llamaban los verdaderos), mantenian cerradas sus tiendas, resultó que, rotas con el tiempo las prendas de vestir, no tenían aquellos mas remedio que andar poco menos que como andaba nuestra madre Eva por el paraíso, con grande escándalo de las gazmoñas, las cuales no cesaban de santiguarse, creyendo

delinquentes está la justicia, y en Madrid, entonces además del Consejo, y del corregidor y sus tenientes, había nada menos que doce alcaldes ó jueces para lo criminal y una nube de alguaciles. Con que ya ve usted.

—Ciertamente.

—Y es lo que yo digo; el hombre, por malo que sea, no debe morir sin que un proceso explique la causa de su muerte: como sucedió, vea Vd., con aquel Don Rodrigo Calderon, cuya casa compró el inquisidor general en cincuenta mil ducados (1).

—¡Buena suma! Con que ya está Vd. por hoy afeitado.

—Pues, hasta otro día, señor FIGARO.

—Vaya Vd. con Dios.... y él nos libre de los tiempos que hacen la delicia de Vd. y de sus amigos.

BIZARRÍAS DE LA MODA.

LAS COLAS.

Una tremenda revolucion va á tener lugar esta misma noche en París: hoy, 1.º de mayo, se va á dar una gran batalla, que ha de influir poderosamente en el corte de todas las Cortes de Europa. Todo está preparado: el arma al brazo, aguardan la señal los combatientes, y aunque los resultados de la pelea no se han de conocer inmediatamente, se pronosticará ya dentro de poco cuál pueda ser el éxito de la campaña, porque es una verdadera campaña la que en esta noche comienza.

Yo estoy conmovido; no me llega la camisa al cuerpo; tengo miedo, lo confieso: la perspectiva del combate me trae agitado y convulso.

¿Qué va á pasar aquí si las colas triunfan?

¿Qué va á pasar aquí si las colas son derrotadas?

Porque ello es una cuestión que *colega*, que trae *cola*, que decidirá si, para lo porvenir, ha de ser ó no el hombre un ente arrimado siempre á la *cola*.

Se trata.... pero ¿á qué andarme con rodeos? Se trata de cortar, para mucho tiempo, acaso para una eternidad, las colas de todos los vestidos del bello sexo.

Hay en París cierta señora de Pourtalés, que esta noche da un baile: cualquiera puede convidar á sus amigos y amigos á una fiesta espléndida y magnífica, sobre todo si ese cualquiera tiene dinero, buen humor y una casa tan lujosa y elegante como dicen que es la de la señora de Pourtalés, que yo no la he visto.

Pero lo que no hace cualquiera, lo que no á todos se ocurre es lo que ha ideado esa bendita condesa, porque es una condesa. Ha escrito al pié de las esquelas de invitación á su baile una nota concebida en estos términos, ó en otros parecidos:

«Se ruega á las señoras que vistan el cuerpo desco-

(1) El día 9 de junio de 1622.

bian creído superiores á los demás), á observando quizás que la deplorable organización de aquel pueblo iba restableciéndose, sin otra diferencia que la de haber variado la situación de las personas, pronunció un día en medio de la plaza mas pública de la corte, rodeado de un inmenso auditorio, parte del cual (los verdaderos) lo tenían ya por loco de remate, un discurso de cuya sustancia quiero dar una breve muestra, que bien merece, á mi juicio, ser meditada, por si de ella puede sacarse alguna enseñanza, que no se sacará, pues de un loco solamente locuras deben esperarse.

«Los pequeños—dijo—se han vuelto grandes y los grandes pequeños, por un acto de la voluntad de los pardillos; pero la sociedad gira, lo mismo ahora que antes, dentro de un círculo vicioso, precisamente por haberse apartado sus miembros del camino que mi utopia les trazaba. Otro acto de la voluntad de todos, y se verán lucir días serenos y felices.

«Dios ha encomendado á la humanidad la obra de su destino futuro, y á esta obra deben concurrir todas las fuerzas vivas, segun la medida particular de su poder y de su inteligencia. Si fuese posible ir aislando gota á gota las que forman el Océano (gota, á su vez, del piélago de los mundos), el Océano dejaría de existir. Separad uno por uno los granos de tierra que componen la montaña, y la montaña desaparece. El palacio que ha de habitar el príncipe, esto es, la persona que ocupa la cúspide de un pueblo, no levantaría su frente al cielo si el jornalero que arranca el mármol de la cantera, y el que lo labra, y el que lo pone en su sitio, y que están en el extremo inferior de la escala social, rehusáran su necesario y útil concurso.

«La Providencia es amor, y como es amor, no ha querido que ninguno de sus hijos se vea desheredado: á éste le dota de voz elocuente para el apostolado de las grandes cosas; aquel, le debe la fe sublime y el valor para el martirio consagración suprema del derecho; al uno, le da el génio; al otro, la fuerza; uno, es el espíritu; otro, la palanca; uno, la brasa; otro, el combustible, y estos distintos elementos se resuelven en una síntesis que se llama luz, ó civilización.

«En una palabra, la familia, la tribu, la aldea, la ciudad, la nación, no son otra cosa que círculos concéntricos abrazados por la humanidad, círculo máximo; verdaderos organismos, má-

tado y la falda corta, esto es, que por delante no pase del tobillo, y por detrás llegue solo al talon.»

¿Se comprende ahora toda la importancia, toda la *portée*, como dirá la condesa, de aquella nota maquiavélica? ¿Cuándo un despacho de diplomático experimentado, una alocucion de soberano poderoso, ó un simple abanicazo de cualquier deyecillo de Argel ha producido la honda sensación que va á causar, que está causando ya, en Europa el escéntrico y estafalarío convite de la señora de Pourtalés?

¿Qué *cola* de cometa, ó qué *cola* de banco de emisión, ó qué *cola* de bajá ha tenido nunca enemigo tan artero y solapado como aquella dama?

Hay que convenir en que el golpe es rudo, y que, por consecuencia, la lucha entre las mujeres de corta estatura y las altas; entre las gruesas y las de buen talle: entre las de pié crecido y las de pié breve, ha de ser encarnizada y cruenta.

La condesa de Pourtalés es una dama muy distinguida, muy á la moda, y que tiene piés de gaditana; yo no sé cómo tendrá la cara; pero sospecho que ha de ser menos apetitosa que los piés. Regla general: cuando una mujer quiere que la miren por la planta, es que no la tiene cuenta que la miren por la cara.

Pues bien: la condesa de Pourtalés se ha empeñado en que se acabe la ridícula moda (ella es quien lo dice) de los vestidos largos, aun para los bailes; yo creo que precisamente para los bailes. Quiere que, pues en la danza el pié es el protagonista, no permanezca al paño, como personaje mudo; no se oculte entre un mundo de holandas ó madapolanes. No quiere que el pié, alma de aquellas fiestas, móvil ó pretexto, cuando menos, de aquellas alegrías, haya menester de una mano, discreta ó indiscreta, para ver la luz, y darse á luz, y ser luz, fero, norte ó guía en el revuelto mar de lo desconocido.

Hasta ahora, y desde que alguna hermosura patizamba y quevedesca inventó la falda que arrastra, solo las mujeres de pié brevísimo y encantador se atrevían á levantar un poco el velo del misterio, en medio de una figura de cotillon, ó en el amable desconcierto de un vals; la condesa de Pourtalés ha resuelto que desde esta noche comience á suceder lo contrario: para eso da pié á las que le tengan bueno.

Pero, ¿y las demás?

¡Ah! Que en este punto estriba precisamente el maquiavelismo de aquella dama: á la que tenga los piés grandes, juanetudos ó contrahechos, quédale un recurso.

El vestido se acorta por debajo, pero no se prolonga por arriba. En España tenemos un refrán, ó modismo

quinas vivientes cuya existencia y funciones no se comprenderían desde el momento en que se los despojase de cualquiera de las ruedas, mas ó menos importantes, pero indispensables todas, para que aquella gire de una manera armónica.

«¿Qué son los monumentos portentosos de otras civilizaciones, de otras razas, que todavía se admiran sobre la faz de la tierra?... Si la pagoda india, la pirámide egipcia, el Partenon, las termas, los templos, los acueductos, los circo, las vías romanas y las basílicas del cristianismo son testimonios del poder y la riqueza de los magnates, de los reyes, de los emperadores y de los pontífices, son también alfabetos escritos con caracteres indelebiles por el génio, por el dolor y por el trabajo de los humildes.»

Al concluir Utopio su discurso, le saludó una tempestad de aplausos. La multitud parecía dispuesta á entrar en una vida nueva. En memoria de tan fausto acontecimiento, acordó celebrarse un banquete en una dilatada llanura, contribuyendo con la mejor voluntad á la preparación de los manjares, al servicio de la mesa y al ornato del sitio designado, cocineros, pinches, criados, albañiles, carpinteros, floristas, herreros; finalmente, cuantos se habían dedicado en otro tiempo á los diversos oficios y ocupaciones reconocidos como indispensables para llevar á efecto con espléndidez el festín proyectado.

El acto debía ser presidido por el soberano, quien ya espontáneamente (pues era hombre de buenos arranques); ya por indicación de sus consejeros, se propuso brindar por el pueblo, en el momento oportuno. Pero es el caso, que no se encontraban mas que algunas copas ordinarias, milagrosamente conservadas, en medio de la general ruina; y pareciendo á los ministros que su majestad debía distinguirse de los convidados, encargaron á un platero que fabricase una copa de cristal de roca y una corona de oro. Tampoco de estos preciosos minerales quedaban rastros ni reliquias; habia, pues, que cavar la tierra, abrir galerías y pozos, y trabajar sin descanso los mineros hasta dar con el oro y el cristal de roca. Hizose así, y el artífice concluyó luego la copa y la corona, que verdaderamente eran maravillas de gusto, de primor y de paciencia.

Llegado el día del banquete, y llegada la hora de los brindis, su majestad, ceñida la frente con la nueva corona, y tomando en sus manos la copa, brindó conmovido por la prosperidad y la

vulgarísimo, que si no es aplicable al caso por una parte, lo es por otra. Decimos: «lo que no va en lágrimas, va en suspiros.» Aquí lo que mengua en la cola, no crece en el cuerpo; pero, en cambio, la mujer que no lleve el encanto en los piés, seguramente lo llevará en los hombros, y váyase lo uno por lo otro.

Si alguna desdichada ha nacido con piés de á terciya y hombros como navajas de afeitár, ¡qué hemos de hacerle! que se quede en casa.

La señora de Pourtalés ha establecido el contrapeso; ha puesto la triaca junto al veneno, para la mujer que tenga veneno; ha creado el pró y el contra en la moda nueva.

Un mago poderoso, cercado de sus discípulos, hirió con su varita de virtudes (no es la de Larra) el suelo, y nació un lobo. Los discípulos se asustaron, y entonces el mago volvió á herir la tierra, y salió de ella un perro, que hizo frente al lobo.

—Maestro, le preguntaron los discípulos, ¿por qué ha creado Vd. el lobo?

—Porque queria crear el perro.

—¿Y por qué ha creado Vd. el perro?

—Porque habia creado el lobo.

Este es el misterioso embolismo de la condesa de Pourtalés, esa otra maga de falda corta. El hombre puede tener la seguridad de que si no es devorado por el lobo, lo será por el perro.

Una mujer me pregunta en este instante mi opinion acerca de las dos formas de la moda que van á pelear desde hoy en el mundo de la elegancia.

¿Qué me parece mejor: la *cola*, ó la falda corta?

Sali como Dios me dió á entender de una cuestión profundamente social que me propuso, no há mucho, la señora de Alvarez. ¿Entraré ahora en esta otra cuestión, que con ser plástica, puramente de forma, entraña mayores compromisos? De ningún modo.

Mi opinion es que no la tengo; y que de una ó de otra manera, siempre me han de gustar las mujeres hermosas, y muchas que en realidad no lo son, pero que poseen el *quid divinum* de la mujer.

Y no digo mas.

DON TEODORO II.

Entre las personas que se han ido al otro mundo sin que FIGARO las hiciese la barba, y no por falta de gusto, sino por no haber encontrado oportunidad, cuéntase el difunto rey de Abisinia, Theodoros, ó Teodoro II, para que nos entendamos mejor, ese tirano que ha inspirado horror unas veces, risa y mofa en otras, y al cabo admiración y asombro: no todos los tiranos que ya solo viven en la historia han podido decir de sí otro tanto.

Hace algunos días, FIGARO se hubiese permitido algunas frases duras contra Theodoros; hoy que los ingleses le han abierto la tumba, no puede menos de afirmar que el emperador ó rey abisinio era una gran figura, tenía una poderosa organización, á pesar de sus miras am-

ventura de la nación; y despues, inspirado por la idea generosa de dar á conocer y de premiar con su elogio á los que habían tomado parte en las dos obras, desde los mineros hasta el artista, pidió que se los presentasen.

Silencio general: nadie sabia dónde estaban; nadie se acordaba de ellos.

Impacientábase ya el monarca, y tal vez hubiera reprendido públicamente la ignorancia ó el abandono de las personas responsables, á no levantarse Utopio de su asiento.

Entonces uno de los verdes soltó, no en voz tan baja que dejase de llegar á oídos del príncipe, esta exclamación:

—Alguna tontería va á decir ese mentecato.

El mentecato se dirigió lentamente hácia el trono, y pronunció estas solas palabras, que resonaron en todos los corazones:

—Señor, los mineros han aecidido aplastados por el derrumbamiento de la galería de donde se estrajo la materia de la corona y de la copa: el platero, que para concluir las á tiempo, y por no querer confiar á estrañas manos su fabricación, ha tenido que velar día y noche, está ciego. La corona de vuestra majestad no tiene espinas, porque es ofrenda de amor; la de la gloria del artífice, sí; y por lo que hace á la copa, yo sé que no es de cristal de roca, sino una cristilización limpia y diáfana de las lágrimas de los mineros, de las de sus padres y de las de sus hijos, sumidos hoy en la orfandad y en la miseria.

—De suerte—observó el soberano—que á no ser por esos infelices!....

—Tampoco vuestra majestad hubiera podido lucir hoy esa hermosísima corona, ni brindar en esa admirable copa, fabricadas por ellos.

El soberano miró con ceño á los verdaderos, descendientes vin recta del ruin engendro nacido en el lodo, y se quedó pensativo.

Repito que nada de lo que aparece en esta narración, ha pasado nunca, ni es posible que pase; autorizo, pues, á los que la hayan leído para que digan á todo el mundo: «el autor ha visto visiones.»

FIN.

biciosas y de su despotismo. No era un grande bárbaro, pero sí un bárbaro grande.

Van siendo ya tan escasos en el mundo los caracteres gigantes, que es doloroso verlos desaparecer, aun de entre las filas de nuestros enemigos.

Theodoros ha muerto como un héroe, y en los tiempos venideros ocupará seguramente altísimo lugar en las tradiciones etiópicas. Las viejas de Abisinia, en las edades futuras, contarán á sus nietezuelos, al amor de la lumbre, las proezas de aquel Cil, de aquel Guzman el Bueno de color. Su vida ha sido la de un gran ambicioso; su muerte la de un gran hombre.

Voy á referir la primera.

En 1818, de una familia muy oscura y casi desconocida, nació el futuro rey de Abisinia.

Plúsiéronle por nombre Kassa, que quiere decir *rescate*

Su padre murió, ó le mataron, que esto no lo tengo muy presente, cuando Kassa era todavía un niño; la madre, para educar y dar la vida física al pobre chico, tuvo que dedicarse á varias ocupaciones poco decentes; pero lo que con mas frecuencia hizo, fué vender, de plaza en plaza y de mercado en mercado, flores ó simiente de kouso, esa planta de propiedades vermífugas que mata la solitaria.

A los diez y seis años Kassa ya era soldado; y poco tiempo despues, gracias á su bravura y á sus prendas relevantes, como dicen que dice la hoja de servicios, fué nombrado oficial. Ya tenemos aquí el germen de un Napoleón.

Entonces la ambicion le hizo comprender su destino. Abisinia era un país destrozado por los partidos, mal gobernado, viviendo de constantes insurrecciones y motines, aunque parezca extraño que esto suceda en Africa. Proyectoó regenerar á su patria, púsose al frente de unos cuantos etíopes, gente brava y maleante, y dijoles:

—Amigos míos, á río revuelto ganancia de pescadores; ninguno de vosotros es rana: vamos á hacer nuestro negocio.

Y tras de esta breve, pero espresiva arenga, Kassa y los suyos comienzan á hacer la guerra, mas como bandidos que como hombres públicos, á través de todas las provincias.

En 1854, tenia entonces treinta y seis años, ya sus gentes eran numerosas; acampaba con ellas en las márgenes del lago Tana; y como Sertorio, y como tantos otros guerreros de nuestra Europa, inventa para sí una protección sobrenatural que le haga dueño por completo del espíritu y de las fuerzas de sus partidarios.

Cuéntales que un negro coronado se le ha aparecido, en medio de espesas nubes, y le ha prometido el imperio de Abisinia.

—Tú reinarás, dice que le dijo la sombra, pero sufrirás rudas tormentas y hondas agitaciones en tu vida.

Desde entonces Kassa se vió rodeado de una constante aureola de gloria; su ejército creció como la espuma de jabon, y sus triunfos fueron innumerables.

—*Alea jactu est*, se dice un día como César, y atravesando el Rubicon de Abisinia (yo no sé si fué el Rubicon ni si en Abisinia le hay), ataca á las tropas del soberano de Gondar y alcanza la victoria.

El amor entra en su pecho al mismo tiempo que la ambicion; se casa con una nieta de los reyes de Abisinia, y se hace coronar con el nombre de D. Teodoro II.

Pero no terminan aquí sus afanes: pequeños ambiciosuelos le disputan el trono; los ingratos se vuelven contra él; esa gente es lo mismo en todas partes; y gracias á que Don Teodoro es hombre de pelo en pecho, y pone á raya á todos sus enemigos!

Como era natural, tiene quien le adule y quien le deprima: los cortesanos le inventan una genealogía, y le hacen descender en linea recta de la reina de Saba; los envidiosos recuerdan á cada instante que la madre de Kassa vivió de vender el célebre purgante. De los primeros no hace caso D. Teodoro, que al cabo es un espíritu superior. De los segundos se venga, purgándoles con el kouso durante muchos días, que es como tenerlos á piensos de jalapa, hasta dejarlos estenuados y clareándose.

Don Teodoro es cristiano, y sueña con ser el heredero de las glorias de Godofredo de Buillon y de Ricardo Corazon de Leon: trata de armar otra cruzada para libertar á Jerusalem de la dependencia de Egipto; quiere luego llevar sus conquistas hasta el centro de Africa, y propone una alianza ofensiva y defensiva al emperador de Rusia. Lo dicho: habia en aquella cabeza y en aquel brazo algo, y aun algos, de Alejandro.

Pero un mal paso le pierde: en su orgullo resuelve insultar á Europa, y manda prender á cuantos europeos penetran en sus estados. El primero que sufrió las consecuencias de este mandato fué Mr. Léjean, enviado francés; luego tocó la suerte á Mr. Cameron, cónsul inglés y á otros compatriotas de este último. De aquí la guerra y la muerte de D. Teodoro.

Se ha dicho que el rey de Abisinia quiso en algun tiempo ser el esposo de la reina de Inglaterra: este es un *canard*, como dicen los franceses: D. Teodoro no transigió nunca con sus enemigos; precisamente por esto, cercado en su fortaleza de Magdala por sir Roberto Napier, no pudiendo sus tropas resistir á los adelantos de las armas y de la táctica de los ejércitos europeos, antes que rendirse, se ha hecho matar como Bruto, ó ha muerto como Leonidas. FIGARO, que ha vindicado á Cain, no podía dejar en olvido á D. Teodoro II.

Abisinia, personificada en un solo hombre, vuelve con la muerte del mismo á su oscuridad. Noche profunda va á rodear de nuevo á aquel país, que solo era grande por su valiente y esforzado soberano.

Funestas consecuencias de las manos ocultas y del oro inglés.

DICHOS Y HECHOS.

Tres fiestas han entreteido á la buena sociedad de la Corte: un baile el lunes, y dos funciones lírico-dramáticas el martes y miércoles. Lo que FIGARO vió en los elegantes salones de la señora de Maquieira, de Alvarez y de los barones de Andilla no es para contado. FIGARO es humanitario, y por nula de este mundo abusaría de la sensibilidad de sus abonados del sexo que á sí mismo se llama fuerte. Las mujeres aprecian tan bellas, tan llenas de gracias, que verlas era á loras.

Ver y adorar á las mujeres en estos tiempos que corren, es una gran desgracia. El propietario se queja de falta de lluvias y el empleado de sobra de economías; luego el matrimonio, fin honesto de FIGARO, si quier malas lenguas digan otra cosa en contrario, solo al alcance está de un ex-empleado, mas ó menos alto, de Ultramar; de un ex-contratista y de un ex-ministro; y como FIGARO no está comprendido en ninguno de los referidos grandes premios de la lotería española, FIGARO, corazon de fuego y bolsa de poeta sentimental, es y será por mucho tiempo el amante platónico de las mujeres.

Decía que las mujeres que contempló el lunes, martes y miércoles por la noche le parecieron ángeles, ángeles que cantaban como ruiseñores (no en la mano), cuyas palabras en la escena eran suspiros que les rodaban por los labios, y que se evaporaban en los salones en perfume, ángeles de esos que solamente produce nuestra patria para encanto de los españoles y aumento de la suscripción de FIGARO.

Si FIGARO fuera vanidoso, nunca como hoy estaria á punto de perder la cabeza.

—Que me mande Vd. un abono de su tienda; que no quiero que me toquen otras manos, le dice una bella,

—Que me visite Vd. con frecuencia, añade otra.

—Envíeme Vd. sus perfumes, sus jabones, y en fin, algo de todo, porque sus artículos son de primera calidad.

FIGARO se ruboriza y enmudece de modestia, sin poder hacer otra cosa que ponerse á los pies de su encantador auditorio.

En cada una de las citadas casas hubo *ambigú*, que FIGARO visitó únicamente para servir á las damas. Cuando el corazon habla, el estómago enmudece.

Y así y todo, FIGARO regresó enfermo á su casa con una indigestion de *puré* de mirada.

¡Ay! ¿de quién era la mirada aquella?

(La continuacion en el próximo número.)

Tres señores, que serán muy apreciados, pero á quienes no conocerán ustedes ciertamente, han tenido la dignacion de escribir á FIGARO una carta, como padres, en defensa de la institucion de *La Nueva Infantil*, segun diria mi señor D. Rogelio Moreno Rey. Esta carta, que ha publicado «El Madrileño», interesantísimo encomiador de la semilla del progreso, segun que tambien escribiria mi señor D. Rogelio Moreno Rey, me llama, en sentido irónico, ameno, chistoso, agudo y galante; en hipótesis, miserable y necio; y en el sentido recto, impertinente, descortés, *innano* (así), pedante y sándico.

¡Eche Vd. epitetos!

¿Y todo para qué? Para decirme que juzgan preferible que los niños se entretengan en representar comedias que en jugar á los soldados, al toro y á la gallina ciega.

Pues yo, sin decirlo como padre, ni como hijo, ni como espíritu santo, sino simplemente como un barbero hablador que soy, repito que jugar á los soldados y á la gallina ciega (al toro no, que es mal vicio), desarrollar con el ejercicio gimnástico las fuerzas físicas, es mas conveniente á los niños de diez y doce años, la edad de los mas crecidos de *La Nueva Infantil*, que desenvolver, antes de tiempo, con el ejercicio de la inteligencia naciente, el germen de las pasiones, cuyo auxilio primero y mas poderoso existe en el conocimiento prematuro del mundo y de la sociedad. Si los defensores de *La Nueva Infantil* hablasen como hombres, y no como padres, lo que no es lo mismo, FIGARO tendria mucho gusto en esplanar sus opiniones; pero ¿quién conviene á un padre? Y sobre todo, ¿quién conviene á tres padres tan... *padrazos*, como, pensando piadosamente, parecen ser los de la carta del «Madrileño»?

Pero hay mas todavía. Yo no dijera una palabra sobre el particular, ni la hubiera dicho, si la institucion de *La Infantil* (perdone Vd., señor Moreno Rey) fuese enteramente privada, y fuese, como los tres padres dicen, de recreo y nada mas. Por el contrario, la academia es industrial, de especulacion, de lucro, poco ó mucho: el espectáculo dramático que, semanal ó diariamente, ofrecen los niños de *La Infantil* es público, autorizado, con todas las condiciones de una diversion que se retribuye ó se paga. La academia, si lo que sea, cobra por sus representaciones, como FIGARO por la barba que hace ó el pelo que riza. Si los que están al frente de aquella no ganan lo bastante, pudieran ganar, y aquí está la industria. Si aun ganando, no dan sueldo á los niños que trabajan, cuenta será de unos y de otros; al caso importa solo el hecho, y el hecho es evidente: *La Nueva Infantil* tiene las apariencias, carácter y condiciones de una empresa industrial.

FIGARO insiste, por consiguiente, en todo cuanto ha dicho, aunque otra vez le llamen *innano* (innane habra querido decir el autor de la carta; bien será que devuelva el dinero que haya llevado, si le llevó, por tan ridículo arcaísmo).

Hoy va á ser FIGARO la excepcion de sí mismo.

Ha visto el proyecto de un monumento que se ha de erigir á la memoria del duque de Tetuan, y le aplaude francamente. En materia de artes y de letras, vale mas imitar bien que crear mal: las malas creaciones estravian el buen gusto; las imitaciones buenas perpetúan la tradicion de lo bueno. En este concepto, FIGARO no tiene mas que alabanzas para el autor del proyecto de que habla, porque, en vez de una originalidad barroca ó superficial, ha tenido para su trabajo la feliz idea de imitar los me-

delos del renacimiento español, cuya representacion mas genuina es Berruguete, el tres veces artista de Paredes de Nava.

FIGARO, sin embargo, tiene que hacer dos observaciones al proyecto: la primera quizá sea importante; la segunda le parece necesaria.

La primera se refiere á la estátua yacente del duque de Tetuan, que debe reposar sobre la elegante urna del monumento; seria muy conveniente que el escultor estuviera en libertad de proyectarla conforme su genio se le inspirase, sin perjuicio de la aprobacion oportuna del director de la obra. Así ciertamente no quedaria á los pies de la estátua el sombrero de general, que en el proyecto afea.

La segunda observacion toca á los capiteles de las pilastras que sostienen el arco de medio punto que cobija la urna. Hay allí unas cabezas de moros que FIGARO rebanaria con su navaja de buen grado. No corresponden los capiteles á la ornamentacion general del monumento, fuera de que parecen las de los moros cabezas triunfantes, como la de Santiago que campea en la clave del arco, y no aherrojadas, como quiere el asunto.

FIGARO suplica al Sr. Mendivil, supuesto que aun es tiempo, que ponga mano en ello, y varie los capiteles de su bello proyecto.

Los portugueses tienen el diablo en el cuerpo desde que Arderius ha caído por allí con su gente buía.

Ultimamente, han visto *Los infernos de Madrid*; y un periódico observa que, aunque en el escenario faltaba uno de los siete pecados capitales, se hallaba esparcido por todo el teatro, lleno de espectadores y espectadoras.

Pero, señores portugueses, ¿están Vds. en su juicio? ¿Qué barbaridad!

Hay quien cree que las muchachas de los caros de Arderius, vulgarmente conocidas con el nombre de *suripatas*, no volverán á recobrar ya el pecado que les falta, por haberses quedado con él los portugueses.

¿Tendria que ver!

Los homeópatas españoles andan á la greña sobre la cuestion de jefaturas, y se arman cada varapalo, en forma de protestas, cartas y comunicados, que canta el credo.

El marqués de Núñez, dice: «yo soy el amo.»

Don Joaquin Hysern grita: «aquí no hay mas amo que yo.»

Y vuelve á replicar el señor Núñez: «en mí se resume y compendia la ciencia de Hanneman.»

Y torna á decir el señor Hysern: «el divino maestro baja todos los días á mí; él me inspira y enseña.»

Et sic de ceteris.

Vaya usted, despues de ver estas cosas, á creer en la ciencia.

FIGARO propone, para calmar la irritacion de los homeópatas combatientes, que á cada cual se aplique un buen golpe de sanguijuelas, sistema alopatíco, en el sitio que mas les conviene.

El calor aprieta, y ya va siendo necesario refrescarse.

Así lo han comprendido los alojeros y horchateros, que preparan sus establecimientos de temporada, á pesar de que está en desuso, de algunos años á esta parte, la horchata de chufas servida por muchachas valencianas.

Todo lo bueno acaba.

Sin embargo, aun quedan partidarios de aquel refresco. Aun hay quien va á refrigerarse con un *chico mezclado*, mientras se abraza en los ojos de una *chica pur sang*, sin duda para restablecer el equilibrio.

Conoce FIGARO á un señor, un tanto avaro, que nunca falta á la horchatería, desde que comienza mayo hasta que acaba setiembre: un vaso de caba la, *medio pienso*, como él lo llama, es el único despilfarro que se permite.

Y á este propósito recordará aquí lo que le sucedió en el año pasado con cierta horchaterita, de quien perdidamente estaba enamorado.

Todo se le volvía mirarla y requebrarla, mientras que la linda valenciana, conociéndole el flaco sin duda alguna, no le hacia caso. Un día, para ablandar á la pérdida, la llevó un ramo de violetas, que le valió una sonrisa.

Habia entrado en el buen camino, y la muchacha así queria dárselo á entender.

Pero, al pagar el *medio pienso*, dejó sobre la mesa dos cuartos en vez de los cuatro que el refresco valia.

—Faltan otros dos, le dijo la horchaterita.

—¡Ah! no, no, querida, respondió mi hombre; el ramo cuesta dos cuartos.

La censura de teatros ha reformado ¿con qué derecho? la comedia *Pienso mal*, y su autor ha protestado de este juicio, ó lo que sea, apelando de él al ministerio de la Gobernacion.

Un colega de FIGARO lo anuncia, y añade luego:

«Segun hemos oído decir, el motivo principal que ha tenido el Sr. Serra para reformar la obra, es que en ella se presenta un zapatero absolutista que apalea á su mujer.»

Por lo visto, el Sr. Serra cree que este derecho corresponde esclusivamente á los zapateros liberales, como el que dicho señor presenta en su famosa obra *A la puerta del cuartel*.

Parece mentira,

pero no lo es,

que... mas vale no hablar.

Es una juliada la que están haciendo los rumanos con los judíos. Los plantan, sin mas ni mas, al otro lado de las fronteras de la Rumania, diciéndoles ¡á vivir, tropa!

Yo creo que ya va siendo tiempo de que esos pobres hebreos puedan vivir en paz en alguna parte. Si quedaron sujetos á la peregrinacion eterna por haber crucificado á Jesucristo, ¿por qué el hombre no los hace peregrinar cuando tienen dinero, y los echa á paso cuando no pueden hacerle beneficios?

Lo que yo veo es que á Rothschild nadie le dice «por ahí te pudras, ó largo de aquí», y tan judío es como los infelices á quienes las autoridades rumanas arrojan de sus estados.

Ya que no tienen patria, que tengan siquiera tierra donde pisar.